

La noche avanza

El amo de la cancha



QUIM CASAS

El pelotari Marcos Arizmendi, encarnado por Pedro Armendáriz, es bautizado por la prensa como el amo de la cancha. Lo es. Nadie le gana en el deporte vasco de México, y esto que

en la ficción del film se enfrenta con pelotaris puntistas reales que triunfaron en América como José María Urrutia, Ignacio Echeverría y Jaime Inchandurrieta, entre otros. Pero el protagonista de *La noche avanza* no solo se caracteriza por su dominio del

juego. Es egoísta, fanfarrón, engraido, arrogante y carece de todo escrúpulo. Un ser abyecto e infame pero triunfador que se autodefine como "el amo". Su filosofía es clara: "Nadie se fija en los perdedores", asegura. "Los débiles no cuentan y merecen

su destino. El hombre que no triunfa no merece vivir".

El personaje le sirve a Gavaldón para una puesta a punto de sus teorías sobre el melodrama negro. Porque *La noche avanza* tiene tanto de un género como de otro: es un perfecto *mélo noir*, atmosférico en sus calles y locales nocturnos y urbanos fotografiados en claroscuro por Jack Drapper, y arrebatado en las relaciones que Marcos establece con todo el mundo, especialmente con las mujeres.

No vive de ellas, sino de su trabajo y habilidades en el frontón con la cesta punta, y vive bien por cierto, ya que no pierde ni un solo partido y gana bastante dinero, pero sí que se sirve de las mujeres para enaltecer su descomunal ego. Una se llama Lucrecia, es cantante y está perdidamente enamorada de él. "Me has acostumbrado a compartirme", le dice resignada. Marcos no desaprovecha la oportunidad para sacar pecho: "Te vale más tener la quinta parte de un hombre de primera que las cinco quintas partes de un hombre de quinta". Cada frase que pronuncia le define a la perfección. Lucrecia le dedica la canción titulada "Me vuelves loca". Una de sus estrofas reza lo siguiente: "Mi amor por ti es desvarío incandescente/Y

junto a ti siento arrebatos de demente". Arrebato, demencia y bastante masoquismo. Una adicción. Locura de amor en clave *noir* a tenor de cómo evolucionan los acontecimientos.

Otra de sus amantes es Sara, una mujer madura y supuestamente adinerada que vuelve a México tras la muerte de su esposo para reencontrarse con Marcos; la interpreta la actriz valenciana Anita Blanch, instalada en México desde 1923. Y la tercera, la joven Rebeca, pertenece a una familia burguesa y ha quedado embarazada. En muchos planos de la película, ellas aparecen reflejadas en espejos como si en realidad no existieran más allá del mundo egoísta y machista del pelotari. Al final es él quien queda enmarcado dentro de un espejo. Gavaldón utilizó siempre las imágenes invertidas de los espejos con mucha decisión y sentido.

La trama se enriquece, a nivel de thriller, con apuestas amañadas; casinos chinos medio clandestinos; el torvo apostador profesional que encarna otro actor español asentado en el cine mexicano, José María Linares Rivas; matones de medio pelo y una violencia seca y expeditiva: Gavaldón filma casi en tiempo real y en primer plano cómo los criminales obligan a beberse a Marcos una botella entera de tequila.

Sombra verde

Yáscara: fruta prohibida

JORDI BATLLE CAMINAL

El *macguffin* de *Sombra verde* (1954) es tan disparatado que ríete tú del *hitchockiano* uranio de *Encadenados* (1946): nada menos que la cortisona o, concretamente, la raíz del barbasco con que se fabrica la medicina. Ricardo Montalbán es un científico a quien encargan la misión de encontrar y explotar dicha planta en zonas selváticas de Veracruz. Lo divertido del caso es que, a los dos minutos de película, el tema de la cortisona o el barbasco se esfuma por completo y ya no vuelve a aparecer. La primera media hora es una cinta de aventuras de sabor clásico, el sabor de *El tesoro de Sierra Madre*

(1948). Montalbán y el guía al que ha contratado se pierden, con sus tres caballos, en la jungla y sienten la primera llamada de 'las calenturas', que es así como llaman los nativos a los delirios que padecen quienes llevan días extraviados. La relación entre los dos personajes, ya desesperados, es interesante; al guía lo encarna Jorge Martínez de Hoyos, un significado característico del cine mexicano, explotado también, por su peculiar físico, por el cine norteamericano: *Los siete magníficos* (1960), *Los profesionales* (1966)... Que al pobre le pique una víbora y lo que veamos en la pantalla, sin necesidad de ser expertos en ofidios, sea una pitón, carece de importancia.



Sombra verde cambia de registro cuando Montalbán, ya solo, cruza un puente colgante y encuentra un hombre con muy malas pulgas que corta sus cuerdas y lo precipita al río revuelto, donde pierde el conocimiento. Al despertar se encuentra con una pierna herida, en la choza de una pequeña aldea y al cuidado precisamente

del hombre que lo tiró al río, Ignacio Santos (Víctor Parra, en una caracterización muy *wellesiana*), que es el jefe de la población, a la que llaman El Paraíso. Entenderemos el nombre cuando veamos a Yáscara, la hija de Santos, jovencísima, silvestre, bella y sensual. Una 'lolita' muy succulenta. Obviamente, el flechazo es recíproco,

pero Yáscara es fruta prohibida: el padre no tolera la relación, tiene a su niña alejada de la civilización, del pecado, encerrada en una burbuja (una cárcel) a perpetuidad. Esta situación recuerda, en cierto modo, a la de Walter Pidgeon y su hija, la virginal y minifaldera Anne Francis, en *Planeta prohibido* (1956).

Lo más destacable de *Sombra verde* es, sin duda alguna, la alta temperatura erótica que destilan las escenas de amor entre Montalbán y Ariadna Welter, la actriz que interpreta a Yáscara, que al año siguiente figuraría en el reparto de *Ensayo de un crimen* (1955), de Buñuel, y poco después sería la protagonista femenina de otro clásico del cine mexicano, *El vampiro* (1957), de Fernando Méndez. La escena del baño y afeitado de Montalbán en el río, ante la seductora Welter tentándole desde el tronco, o la del pajarito muerto y el plano de sus piernas arrodilladas sobre el suelo enterrando al animal, son fogosas, aún admirablemente sexo (elidido) y amor puro. En Roberto Gavaldón, pues, anidaba un erotómano de cuidado.

Donostia Zinemaldia & Keler presentan la proyección de

EL HIJO DEL ACORDEONISTA.

Hoy, a las 20.45h en la Plaza Okendo.